

LA HISTORIA DE PASCUA

5º- 8º

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, y vio que la piedra había sido quitada del sepulcro. Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo:

«Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más deprisa que Pedro y llegó primero; e inclinándose vio los lienzos puestos allí, pero no entró.

Llegó luego Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero, y vio y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura de que era necesario que él resucitase de los muertos.

Entonces los discípulos se volvieron con los suyos.

Pero María estaba fuera, llorando junto al sepulcro. Y mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro, y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y le dijeron:

«Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les dijo:

«Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto».

Cuando dijo esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí, pero no sabía que era Él. Jesús le dijo:

«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, pensando que era el jardinero, le dijo:

«Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré». Jesús le dijo:

«¡María!». Volviéndose ella, le dijo en hebreo: *«¡Raboni!»* (que significa Maestro). Jesús le dijo:

«No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”».

Fue entonces María Magdalena y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor», ... y que le había dicho esas cosas.

Al anochecer de aquel mismo día, el primero de la semana, estando los discípulos reunidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, vino Jesús, se puso en medio y les dijo:

«¡Paz a vosotros!».

Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez:

«¡Paz a vosotros! Como el Padre me envió, así también yo os envío a vosotros».

Y dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos».

Pero Tomás, uno de los doce, llamado *el Dídimo*, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron los otros discípulos:

«Hemos visto al Señor». Él les respondió:

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré».

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y dijo:

«¡Paz a vosotros!». Luego dijo a Tomás:

«Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Tomás respondió y le dijo:

«¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo:

«Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no han visto y han creído».

Jesús hizo además muchas otras señales en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Pero estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Después, Jesús se manifestó otra vez a los discípulos junto al mar de Tiberíades. Y se manifestó de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás (llamado *el Dídimo*), Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo:

«Voy a pescar». Ellos le respondieron:

«Vamos también nosotros contigo».

Salieron y subieron a la barca, y aquella noche no pescaron nada. Cuando ya amanecía, Jesús estaba en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dijo:

«Muchachos, ¿no tenéis pescado?». Le respondieron:

«No». Él les dijo:

«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro:

«¡Es el Señor!».

Al oír Simón Pedro que era el Señor, se puso la ropa encima (porque se había despojado de ella) y se lanzó al mar. Los otros discípulos vinieron con la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino

como doscientos codos, arrastrando la red con los peces. Cuando bajaron a tierra, vieron unas brasas encendidas, un pescado sobre ellas y pan. Jesús les dijo:

«Traed de los pescados que acabáis de sacar».

Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, 153; y siendo tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo:

«Venid a comer». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle:

«¿Quién eres?», porque sabían que era el Señor.

Vino Jesús, tomó el pan y se lo dio, y asimismo el pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos después de haber resucitado de los muertos.

Después de haber comido, Jesús dijo a Simón Pedro:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le respondió:

«Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo:

«Apacienta mis corderos». Le volvió a decir por segunda vez:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le respondió:

«Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo:

«Pastorea mis ovejas». Le dijo por tercera vez:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Pedro se entristeció porque le dijo la tercera vez:

«¿Me amas?», y le respondió:

«Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo:

«Apacienta mis ovejas. De verdad, de verdad te digo: cuando eras joven, te vestías tú mismo e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te vestirá, y te llevará a donde no quieras».

Esto dijo para indicar con qué muerte iba a glorificar a Dios. Y después de esto, le dijo:

«Sígueme».

Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el que en la cena se había recostado sobre su pecho y había dicho:

«Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». Cuando Pedro lo vio, preguntó a Jesús:

«Señor, ¿y qué de este?». Jesús le respondió:

«Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti, qué? ... Tú, sígueme».

Se divulgó entonces entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino:

«Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti, qué?».